

Nada ménos, pues á ser por esto no habia motivo para excluir tanta gente vulgar de Jerusalem y de toda la Judea. Dió con especialidad tal ejemplo á sus doce discípulos, porque los habia elegido, para que fuesen las doce piedras fundamentales del grande edificio que habia resuelto erigir, para que fuesen la basa y el apoyo de su naciente Iglesia, para que fuesen en suma los grandes de aquel nuevo reino de la gracia que intentaba fundar. Así que hace con sus discípulos una obra tan estu- penda, de tanta humildad y de tanto amor, para que del mismo modo que siendo su superior, lo ha hecho con ellos, lo hagan ellos con los demas sus inferiores (1).

Oíd, prelados, alza otra vez la voz san Bernardo, oíd, prela- dos, que ocupáis la cátedra de la enseñanza y del gobierno de la Iglesia; ¿pensáis que seguís el ejemplo del Señor? (2) Ó Dios mio! peca el hermano, resbala y cae en alguna culpa, se en- sucia y se mancha; pero no hay quien tenga la humildad ni la caridad de bajarse á socorrerle y á lavarle (3). Ó caridad, ó hu- mildad de Cristo! dónde te has ido? (4)

(1) *Joann. c. 13. v. 15.*

(2) *Audite, prælati, qui cathedram tenetis regiminis; putatisne tenetis exemplum Domini?*

(3) *Non est pelvis, non est aqua, non est qui se præparet ad lavandum.*

(4) *O pelvis Domini, o humilitas Christi quam longe recessisti.*

SERMON.

EL EJEMPLO DE JESUCRISTO

NOS OBLIGA A SER HUMILDES.

PARA EL JUÉVES SANTO.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum feci vobis, ita et vos faciatis.

Os di el ejemplo, para que hagáis del mismo modo que lo hice con vosotros.

S. Juan, c. 13. v. 15.

Los judíos carnales y ambiciosos, aquella tropa de gente cruel y maliciosa, que Dios habia consentido en el mundo, para hacer por ella la mas magnífica ostentacion de su poder y justicia, no tuvieron luces para discernir que las promesas he- chas á los antiguos padres de la ley, sobre la venida y grande- za del Mesías, debian cumplirse por un medio y modo entera- mente opuesto á su soberbia, ambicion y locura. Ellos creían vanamente que habia de renovarse en aquel punto la opulen- cia toda, que adquirió el reino de Judea en tiempo de David y Salomon; que su imperio se habia de fundar sobre las ruínas de las demas naciones, y que las victorias, tan repetidas veces in- sinuadas en los divinos oráculos, les darian ámplio derecho para oprimir á todos sus enemigos. Aquellos gloriosos epítetos de *príncipe del siglo, terrible, Dios fuerte, Señor de los reyes de la tierra*, y otros admirables títulos aplicados á nuestro sobe- rano Redentor por el Espíritu santo, fundaron en la nacion ré- proba una firme, aunque falsa, persuasion de poner bajo su

yugo y voluntad á todo lo criado, en el mismo instante en que se hiciese compañera y cohabitadora suya la Sabiduría que habia de bajar de los collados eternos.

Pero las almas santas, aquellas que sin apartarse de la justa idea que tenian formada del carácter del verdadero Mesías, penetraron el espíritu sencillo de las antiguas predicciones, si bien estaban seguras de su venida, jamas creyeron que seria un Dios que hablase como en otro tiempo en medio de las llamas; un juez severo que por la falta mas tenue hiriese con un rayo de su diestra á tantos Ozas imprudentes, y finalmente un tirano que cautivase para servicio de los judíos á todas las generaciones. Sin mas que registrar los lugares mas obvios de Isaías, historiador verídico de su venida, conocian con evidencia que su Rey glorioso habia de ser manso y apacible, que Jerusalem no debia prometerse otro esplendor, que el establecer unas máximas de abnegacion y de humildad; y finalmente que ordenándose los fines del Redentor á traer á todos los pueblos al conocimiento de su persona, no de otro modo podia verificarse esta reunion portentosa, sino por medio del abatimiento, como dice san Leon.

En efecto, señores, luego que segun el Apóstol, apareció la benignidad de nuestro Redentor, para consumir la obra grande y mas interesante para nosotros, hasta que dió por concluído semejante ministerio, se empleó solamente en repetidas obras de humildad. Esta virtud sola parece que era necesaria á su augusto carácter de Salvador. Ya habia muchos siglos que la humildad santa era desconocida y despreciada: los hombres amantes de sí mismos huían de semejante práctica, en cuanto se oponia á su amor propio; y si entre ellos habia alguno que fuese humilde, se desdñaban los demas, dice san Agustin, de imitar su ejemplo. Era pues necesario que el mismo Dios se humillase, para que conociendo los hombres su grandeza en la misma humillacion, conociesen claramente la gloria que les resultaria de seguir su ejemplo, prescindiendo de los actos humildes que practicó en toda su vida. Ya me parece que estáis notando á Jesucristo lavar los piés á sus discípulos. El Hijo de Dios vivo no podia ser humilde de espíritu, porque conociéndose á sí mismo, no hallaba cosa alguna en su persona que fuese acreedora del desprecio: fué humilde de corazon, porque despues de haber tomado la forma despreciable de siervo, qui-

so ser el oprobio de los hombres, y hoy se postra delante de sus criaturas. El ejemplo pues de Jesucristo nos obliga á ser humildes de corazon; pero como colocado á los piés de los discípulos, nada pierde de su grandeza, ántes ella misma adquiere un nuevo lustre, nos da á conocer con evidencia que en la humillacion consiste precisamente nuestro mayor encumbramiento. Mi designio es probaros que así como Jesucristo es grande en medio de la humillacion del lavatorio, del mismo modo los hombres son grandes, cuanto mas se humillan. Imploramos para esto los auxilios de la mayor y mas humilde de todas las criaturas, María santísima, diciéndole con el ángel: *Ave María*.

La soberbia ha sido en todos tiempos la caída mas peligrosa del hombre: formado este por la mano poderosa del Excelso para ser árbitro de todo lo criado, conservó en su corazon estas primeras impresiones de su origen: hallando continuamente en su interior los dictámenes secretos de su excelencia, que no borró del todo su fatal caída, se entregó muy al principio á ideas tan lisonjeras, que pretendió elevarse de grado en grado hasta el trono augusto de su Hacedor omnipotente. El hombre mismo tuvo el loco pensamiento de que se le tributasen los honores que se deben á Dios solo, y el universo todo adoró como á sus autores á unos insensatos, á quienes habia visto nacer, y que eran muy posteriores á su existencia. De aquí principió aquella sed insaciable, con que los infelices mortales corren presurosos en pos de la ambicion y grandeza, en donde colocan á su parecer todo el cúmulo de sus felices esperanzas. Los judíos solo suspiraban por un Mesías carnal, que sometiendo á todas las naciones, las hiciese tributarias de Jerusalem. Los filósofos pedian el remedio de sus males por los vanos esfuerzos de una razon enferma; y el mundo finalmente estaba persuadido de que la grandeza del Mesías consistia tansolo en un fausto exterior.

Mas la conducta de Jesucristo debia ser enteramente opuesta á unas ideas tan poco conformes con sus misterios principales: persuadido firmemente de que la humildad santa es la que con propiedad convenia tanto á su carácter como á la esencia del cristianismo, desprecia al parecer todos los vicios de majestad y grandeza, y abraza gustosísimo los mayores abatimientos. Si

venia á dirigir al hombre pervertido y extraviado por el orgullo, era necesario é indispensable, dice el grande Agustino, que la redencion se hiciese por el camino de la humildad. Si aquel se habia precipitado por la sugestion de un ángel soberbio, solo podia repararse su fatal caída por un humilde mediador, que le inspirase unas máximas tan sanas como santas. Finalmente era necesario que instruidos los cristianos en la union hermosa de la soberanía y humildad, que el Redentor acreditó en todas sus obras, y con especialidad en la de esta tarde, quedasen enteramente convencidos de que la gloria verdadera se cifra precisamente en la humildad. Recorréd si no todos los pasos de su vida, y notaréis con asombro estas dos cualidades unidas con la armonía mas prodigiosa. Si nace en un portal desvalido y expuesto á las inclemencias de un tiempo el mas cruel, los ángeles pueblan los aires de acentos armoniosos y publican con gozo que su origen en la tierra no solo es grato al Excelso, sino que une á los hombres con su Padre con pacto sempiterno é inmutable. Cuando ofrecido en el templo pretende confundirse con los pecadores, un anciano justo y una mujer santa declaran su futura grandeza, y esperan con rostro alegre el fin dichoso de sus dias, despues de haber visto al que llaman luz del mundo, salud de las naciones y gloria de Israel. Nada importa que pida é inste al Bautista para que ejecute en su persona lo que practicaba en las riberas del Jordan; el hijo de Zacarías se postrará en su presencia, y el cielo todo dará á conocer con la mayor claridad que es el Primogénito de toda criatura: solo trata en el Tabor de su pasion sacrosanta, é inopinadamente le miran los discípulos rodeado de una luz hermosa que hacia brillar su rostro como divino.

Pero en esta tarde parece que se halla cubierto con el velo de los mas profundos abatimientos, sin manifestar vislumbre alguno de su gloria. No se deja ver ahora poderoso en obras y palabras, ni poniendo con sus milagros los inmobiles fundamentos de la ciudad santa en la tierra. Si ántes le habian admirado los discípulos como profeta prometido por Moises, un Dios de justicia anunciado por Joel, una luz viva cuyos hermosos brillos dirigian á los que caminaban ciegos por la region lúgubre del pecado, como manantial fecundo de salud para los enfermos, de consuelo para los afligidos, de doctrina, bondad y misericordia para con todos los hombres; nosotros le con-

templamos esta tarde como una criatura de la mas ínfima esfera, y que solo acredita palpablemente el heroísmo del abatimiento. En buen hora que instituyendo el augusto sacramento de la eucaristía, no puedan comprenderse mayores rasgos de poder y de grandeza; pero ¿se verifica esto mismo, cuando se coloca en tierra para lavar los piés á los discípulos? Nada ménos: el evangelista mismo refiere con las cláusulas mas sencillas la presente ceremonia. *Sabiendo Jesucristo, dice, que se llegaba la hora de pasar de este mundo á la presencia amada de su Padre, concluida la cena, se despoja de sus vestidos, y ceñido con una toalla, da principio al lavatorio de los piés.* ¿Qué significa pues esta narracion sencilla, sino que el Dios del universo se olvida de su soberanía y poder, y funda solo su principal intento en la humillacion? ¿Quién creyera que el que estaba postrado en presencia de los apóstoles, era el mismo que en otro tiempo no se manifestaba sino entre velos, y no declaraba su voluntad sino en medio de truenos y relámpagos? ¿Cómo podia caber en el entendimiento ciego de los pérfidos judíos, que el Rey grande y magnífico, á quien se dirigieron sus clamores por el largo espacio de cuarenta siglos, ejecutaba la accion al parecer mas despreciable? Y nosotros ¿qué notamos con la luciente antorcha de la Fe? No otra cosa sino que da principio al lavatorio aquel Rey glorioso anunciado por Isaías, para establecer en el suelo de Israel una nueva ley de anonadamiento, el cual se haria un lugar muy distinguido en los corazones de los hombres por su heroicidad en esta virtud. Sí, católicos, Jesucristo colocado á los piés de sus discípulos se despoja, si me es lícito hablar así, de su divinidad misma; pero esta humillacion es la que conviene con toda propiedad á su augusta grandeza. Cuando reflexiona que es Hijo del eterno Padre, engendrado ántes que la existencia del firmamento y de los tiempos; cuando comprende los insondables tesoros de omnipotencia de que se halla poseído; cuando contempla que es el Dios terrible de Faraon, que tiene en sus manos los rayos y las tempestades, y que como jugando sostiene el universo; finalmente, cuando considera que es tan noble por su origen, tan grande por su gloria y tan tremendo por su potestad, es cuando se levanta de la mesa para lavar los piés. Mas benévolo que Abraham, da á aquellos con quienes habia conversado como huésped, la última y nunca de ellos esperada prueba de humil-

dad. Mirádmé aquí, discípulos míos, les diría, como Abigaíl á David, mirádmé aquí vuestro siervo, que se ocupa solo en el lavatorio de vuestras plantas. Nada importa sea yo el mismo que me manifesté en otro tiempo á los patriarcas, para confirmarles en la esperanza de mi venida; á los profetas, para que la publicasen; y á quien toda la naturaleza esperaba impaciente para ser eximida de la maldición, á que se había hecho acreedora por sus iniquidades. Los hombres extraordinarios que hubo en los siglos antecedentes, eran unas imágenes imperfectas de mi persona: el sacerdocio en el Melquisedec, la cualidad excelente de padre de los creyentes en Abraham, el sacrificio de Isaac, Moises mediador, Josué triunfante, eran unos toscos rasgos de mi grandeza. Yo llamé á Ciro por su nombre ántes de su existencia, y santifiqué al Baulista para que me preparase los caminos. La Belen famosa me ha visto nacer en su recinto; las ciudades de Judea, los confines de Tiro y de Sidon, las infieles tierras de Samaria, han sido testigos oculares de mis prodigios; pero todos estos nobles epítetos los estimo en nada respecto de la gloria que me resulta en el acto mismo de postrarme á vuestros piés.

¡Qué lección tan grande para los espíritus soberbios! Vosotros que llenos de una vanidad que no reconoce límites, recreáis vuestros oídos con los elogios lisonjeros que os tributan, presentáos llenos de rubor en el cenáculo. Los que os descomponéis de repente y dáis á conocer en el semblante colérico el enojo que habéis concebido por el mas tenue desprecio, advertid llenos de una confusión asombrosa, si se conforma vuestra conducta con la de Jesucristo. Los que pretendéis levantaros sobre vuestros mismos envilecimientos en la estimación de los hombres sensatos y de buen juicio; los que teniendo alguna superioridad sobre otros, los tratáis con altivez, habláis con imperio, os explicáis en su presencia con tono de autoridad, y los tenéis en una sujeción dura y dependencia del todo servil, mirad al Rey de la gloria, que colocado á los piés de sus discípulos, no disminuye en nada los rasgos magníficos de su grandeza. En una acción humilde y baja como la que ejecuta la víspera de su muerte, resplandece mas y mas su augusta soberanía y majestad; él mismo confiesa, en persona del evangelista, que ha depositado el eterno Padre en sus manos todo el orden de lo criado; para disponer de ello según su arbitrio, y se atri-

buye al mismo tiempo la cualidad excelente y noble prerogativa de señor y maestro.

Instruído el grande apóstol san Pedro de semejantes sentimientos, prorumpe penetrado de un entusiasmo santo: *Vos, Señor, habéis de lavar mis piés?* Tú á quien sirve el ejército numeroso de los ángeles, y príncipe superior á todo lo del mundo, ¿has de ensuciar tus manos con lavar los piés de esta criatura, del ínfimo de los apóstoles, el pecador mas abominable? El Verbo creador se ha de postrar ante su hechura, el que gobierna con impulso irresistible la grande máquina del universo, esas manos que son el depósito de la potestad de Dios Padre, las has de emplear en tocar los piés inmundos de unos hombres miserables? Nada ménos, señor y maestro mio; no consentiré de modo alguno se emplee vuestra Majestad en el vil oficio y ministerio de siervo. Tengo muy presente que ostentasteis lo grande y magnífico de vuestro poder, cuando os confesé abiertamente hijo de Dios vivo; no se me ha olvidado el modo admirable y estupendo con que se vistió de gloria vuestra humanidad en las alturas del Tabor. Permitídmé pues que postrado á la presencia de mi Dios, adore y bese con el rendimiento mas profundo esas plantas venerables, estando resuelto como estoy á no permitir tal exceso de humildad.

Suspended vuestra admiración, amados míos, y si os halláis sobrecogidos cuando notáis al Redentor postrado á los piés de Pedro, renovad sin comparación vuestra sorpresa al contemplarle conmigo á los del pérfido Júdas. Esto fué, dice san Agustín, el mayor fondo de la humildad de Jesucristo. Lavar los piés con el amor propio de un padre fino y obsequioso, á un hijo que preparaba su corazón para la vil y torpe mancha de su entrega, es un rasgo de abatimiento que cabe solo en la idea de un Hombre-Dios. Advertid no obstante que luego que enjuga sus piés inmundos, imprime en ellos con sus labios el ósculo mas cariñoso. Dios grande! qué es lo que hacéis? ¿á dónde os conduce una humildad sin semejante? Yo veo, señores, que los ángeles mismos se sorprenden en un todo, y apenas dan crédito á lo que advierten. Jesucristo prorumpe al parecer en amargas quejas contra el vil discípulo. Yo me abatí, le diría, para la redención de todo el linaje humano; pero para ti llegó ya tarde mi desvelo. Atiende, querido mio, lo fino de mi amor para con tu persona, pues habiendo podido escoger mis discí-

pulos, tú fuiste el agraciado con un don tan particular : advierte con suma confusion, que tu salud eterna está solo pendiente de este punto. Mi Padre eterno espera tu resolucion pronta, ó para colocarte en el número de los electos, ó firmar tu reprobacion por los siglos de los siglos. ¿Es posible que te olvides de que he sido tu luz, y de que en todo el tiempo de nuestra peregrinacion, te he dado las mas relevantes pruebas de mi divinidad? ¿No adviertes á los demas apóstoles preparados con osadía pronta para morir por mi causa y defenderla? ¿No vas á sazonar tu espíritu con mi mismo cuerpo y sangre, habiéndote concedido una facultad para dispensar una gracia, que envidian los habitantes de la Sion santa? Mírame pues, hijo mio, que como pastor solícito, solo pretendo tu salud, y conducirte como oveja perdida sobre mis hombros al rebaño de la Iglesia.

Señores, nada tiene de extraño que Eliseo sirva á Elías el agua para lavarse las manos; que Abigail pretenda aplacar la ira que el rey David habia contraído contra su marido, ofreciéndose de criada para ministerio semejante; como tampoco el criado y discípulo al maestro y al señor. Pero ¿qué os parece, que el mismo Elías sirva á Eliseo, y el maestro sirva al discípulo y criado? Sin duda os veréis precisados á confesar conmigo que este es un rasgo de la humildad mas heroica. Pues esto mismo es lo que se practica hoy en el cenáculo memorable de Jerusalem. Jesucristo, Hijo unigénito del eterno Padre, cuya grandeza es tan incomprendible como su esencia, se olvida de todos los dotes y cualidades magníficas con que se halla ennoblecido, y solo trata de la humillacion. El Señor de todo lo criado coloca su mayor grandeza en obsequiar á sus criados y discípulos. Embelesado con un raptó de humildad, no tiene embarazo en postrarse á los piés de un pérfido, y exhortarle con los términos mas cariñosos á la conversion que tanto le interesaba; y todo esto para qué? Ah! el mismo Señor lo declara en los términos mas sencillos. Concluido el lavatorio y sentado segunda vez á la mesa, dirige á sus discípulos estas expresiones: vosotros me llamáis con toda verdad vuestro señor y maestro; si reconociendo pues mi dignidad y grandeza, os he lavado los piés, sea esta mi última leccion, por la que os digo, que así como me habéis visto humilde y obsequioso ocultar toda mi soberanía, fijando mi principal cuidado en la humillacion, donde me resultaba la mayor gloria, podéis inferir justamente,

que cuanto sea mayor vuestra bajeza, tanto será mayor el honor que os resulte.

Si Jesucristo pues ha decidido que la mayor grandeza se cifra en la humildad, esta sola expresion debia ser suficiente para que vosotros la guardaseis, convencidos de una máxima que es tan clara como su origen. El mismo Señor une el ejemplo, el consejo y el precepto de esta virtud. En el tiempo crítico en que los apóstoles, todavía carnales y groseros, disputan fogosamente á quién se debe el primado de excelencia en esta vida, les declara en la persona de un niño, que la grandeza verdadera se funda en la humildad, como en una base firme é inmutable. De aquí adelante no se debe clamar con el Apóstol, que os humilléis en presencia de la augusta persona del Señor, sino que practiquéis las obras, de las que él mismo se os muestra en esta tarde el modelo mas perfecto.

Los hombres mismos habian instruído á su posteridad en muchas de las virtudes que forman el cuadro hermoso de la Religion. Todas estas cualidades excelentes habian tenido su héroe: la penitencia en Adán, la fidelidad en Noé, la obediencia en Abraham, la paciencia en Job, la castidad en Josef, la mansedumbre en Moises y el perdon de los enemigos en David: sola la humildad, solo el heroísmo de humildad parece no podia ocupar otro lugar, sino en la persona de Jesucristo. ¿Qué mayor gloria para un cristiano que emplearse en una virtud, de la que el Verbo encarnado hizo una estimacion tan imponderable? Si el suplicio de cruz, que anteriormente se reputaba por ignominia, adquirió un superior lustre despues que padeció muerte en él el Redentor del mundo, ¿con cuánta mayor razon no ha de ser acreedor á todos los encomios el que siga las humildes huellas de este mismo Salvador? El impío Acab, aunque cubierto de iniquidades, llama las atenciones del Omnipotente, cuando se presenta lleno de humillacion. David, ceñido con la real diadema y lleno de la gloria que correspondia á un rey de Judá, al tiempo mismo que hace figuras, al parecer indecentes á los carnales ojos de una orgullosa, nunca es mas grande á la halagüeña vista del Dios de sus padres, que cuando se muestra humilde delante del Arca.

Entre el humilde y el soberbio se halla esta diferencia tan notable, que buscando el segundo la gloria, no la halla, encontrándola el primero sin buscarla, y aún sin apetecerla. El mis-

mo Dios, cuyas promesas son superiores á todo evento, asegura con decreto irrevocable que se dirigen sus desvelos, á ensalzar al humillado y abatir al soberbio y altanero. No hubo otro pecado en nuestro primer padre que la soberbia, y esta sola fué la causa de que el Señor le despojase de los dotes con que su benéfica mano le habia ennoblecido, tanto á él como á su descendencia. Los ángeles réprobos fueron objetos de la indignacion de todo un Dios, porque quisieron compararse con aquel de quien habian recibido su existencia. Jamas se borrará de la memoria de los hombres la conducta del publicano declarando su miseria, cuando el altanero fariseo pedia casi por justicia la eterna patria, mereciendo las oraciones del primero un pronto despacho, y decretándose en el consistorio eterno la reprobacion de las del segundo. Moises se llena de pavor, cuando oye de la boca del mismo Dios las grandes empresas á que le destinaba; pero su humildad es la principal causa para asegurarle con toda certeza, que le hará la gracia de ser superior á los brazos fuertes de los poderosos de la tierra. La humildad es grandeza sólida, en expresion del Crisóstomo, porque no tiene otro principio que el mismo Dios. Ella sujeta el entendimiento á las oscuras luces de la Fe, é impide que se precipite en una culpable curiosidad: ella contiene á la esperanza en los límites de una confianza justa, eximiéndola, como á la del publicano, de una presuncion vana: ella sola es la que formando en el hombre los primeros sentimientos de la caridad, le hace salir fuera de sí mismo: ella es en fin la que arregla las principales obligaciones de justicia; enseña la resignacion con la voluntad divina, y mantiene la paz y union entre los hombres por una dulce condescendencia: la humildad sola es la que hace comprender con evidencia las enfermedades del cuerpo, los errores é ignorancias en el espíritu, las pasiones y malignidad en el corazon, la corrupcion en la voluntad, la propension en el deleite, la inconstancia en el bien, y en una palabra los pasos extraordinarios en su conducta. Instruídos nosotros en unas máximas tan interesantes, clamaremos por instantes al augusto trono de la gracia, de donde saldrán en abundancia todos los socorros de misericordia, en cuya influencia se cifra nuestra grandeza verdadera. Semejantes sentimientos, son los que exige Jesucristo de nosotros. La conducta misma del Redentor debe ser el blanco á que se dirijan nuestras miras. Si el Señor manifiesta

su grandeza en medio de la humildad, sin duda nuestros abatimientos darán un lustre y nuevo realce á nuestras obras. Sí, Redentor amable, dulce iman de nuestros cariños. Todos los que hemos concurrido en esta tarde á contemplar el exceso de vuestro abatimiento, estamos resueltos á graduar nuestra conducta con un tan vivo modelo como vos. Si sois grande en medio de los excesos de la humillacion, imitando nosotros vuestro ejemplo, adquiriremos un nombre memorable en la tierra y en la gloria. Amen.